

¡y yo la he convertido en un demonio! Si no te la da, vela al menos por ella.

—Haré todo lo que pueda, y no dejaré de trabajar hasta lograrlo.

—Nada más te encargo—prosiguió Gonzalo:— nada más si no que, si te casas, te fijes mucho en la elección, no des con un hombre indigno de ti, mi pobre Rita... Esa sería la mayor de las desventuras...; esa ha sido la perdición de esa pobre mujer; esa es la desgracia de muchas infelices criaturas que el mundo juzga y abrume con su execración. Ahora, adiós, Rita—prosiguió el Conde, procurando dar alguna firmeza á su voz:— parte á Madrid esta noche misma... Yo creo que Dolores marchará también, puesto que su separación de Benavente es irremediable. Si permanece aquí, reclámale á mi hija desde allí... y haz todo lo que esté en tu mano para lograr su tutela.

—¡No! ¡nada haré, Gonzalo, hasta saber tu suerte en ese duelo fatal, que quisiera evitar á costa de mi vida! ¡Déjame aquí, en tanto que tú haces tus preparativos, para rogar á Dios por tí!

El Conde, sin responder, abrazó á su mujer y se retiró á su cuarto para arreglar sus papeles y disponerse á fin de estar con su testigo en los Inválidos al rayar el nuevo día.

CAPÍTULO XVIII

EL DUELO

Dolores halló á Margarita trabajando entre sus dos hijos, según costumbre.

Una pequeña lámpara de cristal con pie de bronce ardía sobre una mesita cubierta con un tapete; y alumbrada por aquella dulce claridad, Margarita bordaba una exquisita pieza de batista: era una camisa de mujer, adornada de preciosos encajes. Dolores echó sobre ella una mirada distraída, y vió que Margarita terminaba la última letra del nombre *Coralia*.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, y brotó en su corazón un pensamiento más amargo todavía.

—He aquí—pensó—esta noble criatura trabajando para una mujer perdida. Aquí está ella consumiendo su frágil existencia en adornar á esa mujer que pasa su vida en la opulencia comprada con la deshonra. ¡Y ésta es la justicia del mundo!...

—Amiga mía, la veo á usted muy triste—dijo Margarita á Dolores:—¿le sucede á usted alguna desgracia?

—Sí—respondió la joven:—ésta es para mí una noche horrible, Margarita. Quiero pasarla aquí á su lado, porque si no, me volvería loca.

—Veamos, ¿qué sucede?—preguntó madame Warner clavando la aguja en su bordado:—¿está mala alguna de las niñas?

—No; mis hijas están buenas, Margarita, y duermen tranquilamente.

—Voy á acostar á Ida—dijo madame Warner, —y después podremos hablar. Amiga mía, confíeme usted lo que la atormenta: yo soy una pobre mujer que todo lo ignora en el mundo, mis dolores son y han sido siempre sencillos, como mi vida y mi condición; pero sé sentir, y, aunque otra cosa no sea, las penas que se comparten pierden la mitad de su amargura. Acostaré á los niños, y luego, amiga mía, nos iremos á su casa de usted para que no oigan lo que usted me confie.

Dolores se sentó, y tomó sobre sus rodillas á la pequeña Ida, empezando á desnudarla en tanto que Margarita persuadía á su hijo de que debía acostarse, á lo que Frantz accedía de bastante mala gana.

Poco después, ambos niños se hallaban en sus lechos.

—Vamos—dijo Margarita tomando una bujía para alumbrar á Dolores.

—¡No!—repuso ésta.—Margarita, no vayamos á mi casa, porque me horroriza esta noche: ¡hay en ella una cosa que me hiel! ¡Se respira allí un hálito de muertel... Huyendo de allí, he venido á refugiarme al lado de usted... ¡No, no quiero volver!

—Bien: aquí nos estaremos—repuso la viuda.—Hablando á media voz, Frantz no se enterará de nada, y se dormirá al instante. ¡Valor! ¿Qué sucede?

—¡Mi marido se bate al amanecer!

—¡Cielos!—exclamó la alemana palideciendo.—¡Eso es horrible! ¿Con quién?; ¿por qué causa?

—Su adversario es el Conde de Elvén. De la causa poco puedo decir, porque está enlazada con la historia de toda mi vida...; historia de lágrimas y desesperación.

—¡Pobre joven!—murmuró madame Warner.—Ya había yo leído en su semblante que era desgraciada. Pero nada me diga usted; no haga mayores las heridas de su alma... Quiero consolarla,

y no agravar su dolor... ¿No hay algún medio de evitar ese duelo? ¿No puede haber avenencia?

—¡Ningunal

—¿Quiere usted permanecer aquí al lado de mis hijos, y que yo vaya á su casa para ver lo que sucede?

Dolores iba á responder; pero en aquel momento se oyeron en la escalera pasos precipitados y el roce de un traje de seda.

Un instante después, sonó la campanilla, agitada, al parecer, por una mano trémula.

Margarita abrió, y una joven pálida, con la cabeza descubierta y el cabello descompuesto, se precipitó en la estancia.

—¡La Condesa de Elvén!—exclamó estupefacta Margarita, que conocía á la joven porque había ido muchas veces á encargarle bordados.

—Señora—balbuceó:—hay aquí una señora de esta vecindad que se llama...

—Dolores Herrera de Benavente: aquí está—dijo la esposa de Florestán adelantando algunos pasos.

—¡Ah, no me han engañado los criados!—exclamó la Condesa.—¡Aquí está! ¡Bendito sea Dios!

—Señora, siéntese usted, porque no se puede

sostener—dijo Margarita, aturdida con aquella visita á las diez de la noche, y acercando una silla á la Condesa, que se dejó caer desplomada en ella.

—¡Es verdad: yo me siento morir!—dijo Rita con voz trémula, y pasando por su pálida frente, que bañaba un sudor frío, su pañuelo de batista; luego, volviéndose hacia Dolores, exclamó juntando las manos:

—¡Piedad!

—¡Piedad!—repitió Dolores, cruzando sus brazos sobre el pecho y con una risa sardónica, porque adivinaba á lo que aquella mujer había ido allí;—¡piedad! ¿Y de quién?

—¡De mi marido! ¡Usted, señora, puede evitar ese duelo fatal haciendo que el suyo le dé una satisfacción del insulto que le ha inferido!... Dolores, amiga mía... ¡déjeme usted darle este nombre, ya que lo ha sido de mi hermana!... vengo de casa de usted, adonde he ido para arrodillarme á sus pies y decirle: «¡Perdón para mi marido! Él la ha hecho desgraciada; pero yo, ¿qué culpa tengo?»

—¿Pues por quién, sino por ti, criatura miserable, soy yo infeliz?—exclamó Dolores, fijando en la pobre Rita una mirada enfurecida.—¿Por quién me abandonó Gonzalo? ¿Qué es lo que ha

causado mi desgracia sino este infausto casamiento? ¿No recuerdas el día que salías de la iglesia, cómo la desesperación trastornó mi juicio y que herí á tu marido en el rostro? ¡Pues en aquel instante dejé de ser lo que siempre había sido, la niña tímida y pura, y me convertí en una mujer vengativa y fiera! Tú, entre el oro y la seda de tu palacio, al lado del hombre á quien tanto amaba yo, entre el incienso de la lisonja, eras dichosa, mientras yo devoraba los ultrajes de un hombre á quien no amaba, y que se casó conmigo sólo por satisfacer un capricho de los sentidos; á ti te rodeaba la ventura por todas partes, á mí la desgracia; tu destino era alegre y rosado, el mío triste y sombrío; y sin embargo, tú has sido mil veces más culpable que yo. Con tus coqueterías, que la sociedad en que vives y hasta tu mismo marido llamaban inocentes, has hecho presa del hombre á quien yo estaba unida, y cuyo escaso mérito ni aun bastaba á atenuar tu falta.

—Pero—dijo Rita alzando su rostro bañado de lágrimas—usted sabe que mi marido no fué á hablarle de amor, sino á pedirle su hija.

—¿Y por qué fué?—repuso impetuosa y fieramente Dolores.—¿Acaso se hubiera acordado jamás de esa hija desgraciada si hubiera sido feliz

contigo, si hubiera tenido hijos legítimos? ¿Y pensaba que le iba yo á dar esa hija de su crimen y de mi vergüenza? ¡Antes le quitaría la vida yo misma! Señora—prosiguió Dolores con creciente exaltación y tomando la mano de Margarita, que, retirada en un rincón, escuchaba, trémula de asombro, aquellos sombríos misterios de la vida:—usted que tiene un alma pura, venga usted y sea juez en esta contienda. Yo era aún una niña, y un hombre me engañó; me abandonó después, y el dolor de esta desgracia mató á mis honrados padres. Tuve una hija, y mi seductor, sin pensar en ella, se unió á esta mujer, á la que amaba tanto como había fingido amarme á mí: ella le olvidó bien pronto por ese comercio escandaloso de miradas y sonrisas que algunas damas del gran mundo creen que á nada compromete, y una de las víctimas de su coquetería fué mi propio marido: éste, desesperado por no poder poseerla, quiere morir, en vez de suicidarse, después de haberme dejado en la miseria; pero quiere morir vengándose y matando al que es su legítimo dueño; en una palabra, quiere probar á dejarla viuda, para ver si puede casarse luego con ella, porque sin duda la sociedad autoriza todo esto. Ahora bien: ¿debo yo compadecerme ni de ella ni de nin-

guno de esos dos hombres? El uno es el que me perdió, el verdugo de mis padres; el otro es el que de desorden en desorden, y para poder olvidarla, ha olvidado también que era esposo y padre, y quiere morir ó matar. ¿Quién es aquí la más desgraciada? ¿quién es la más culpable?

—¡Aquí está la desgracia—dijo Margarita con voz triste y profunda, extendiendo al mismo tiempo su blanca mano hacia Dolores;—aquí la culpable—y señaló á Rita, quien anonadada ante aquella fatal sentencia, dejó escapar un grito lastimero, y se cubrió el semblante con las manos.—Empero no hay desgracia que no se pueda aliviar, ni culpa que no pueda borrarse. Dolores, mi pobre y desgraciada amiga, el deber de usted es el de ir á ver si puede evitar ese duelo fatal; el deber de usted es el mismo, señora Condesa. ¿No ha de verificarse al amanecer, detrás de los Inválidos? Pues cuando no se pueda evitar de otro modo, las dos deben ir al lugar del combate y deben procurar poner paz entre esos dos hombres, que son ahora dos enemigos mortales.

—¡Ir allí! ¡evitar que se batan esos dos hombres que me han ultrajado, desdeñado y herido! —exclamó Dolores.—¡No, no haré jamás semejante cosa!

—¡Yo sí!—repuso Rita levantando su bello rostro:—yo suplicaré á mi marido, le rogaré que no se bata, al menos, por mí. ¡Oh, Dios mío! ¡en qué he pensado que antes no lo he hecho, que antes no le he rogado con más empeño, con más calor!...

—Aún es tiempo, señora—observó Margarita:—aún podrá evitar quizá que su marido muera... Vamos, yo acompañaré á usted; no quiero dejarla sola en tan amargo trance.

Las dos mujeres se lanzaron fuera de la estancia. Dolores quedó sola, muda y sombría en aquella habitación, en la que únicamente se oían su oprimida respiración y el dulce rumor del aliento de los niños que dormían tranquilamente. Eran las dos de la mañana.

Dolores permaneció mucho rato inmóvil, y como entregada á una especie de sonambulismo.

Pasaron las horas. La primera claridad del día empezó á teñir de rosa y grana el horizonte, y penetrando por la ventana hizo palidecer la luz de la lámpara, que, falta de vida, fué poco á poco extinguiéndose sin que Dolores se apercibiese de ello.

Un pequeño ruido que oyó en la cerradura de la puerta de la habitación la sacó de aquella...

lorosa somnolencia y la hizo estremecerse: levantó su dolorida cabeza, y vió entrar demudada y febril á madame Warner.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—¡Se han batido!—respondió Margarita.

—¿Y mi marido?

—¡Ha muerto!

—¿Y el Conde?

—¡Ha huído!

Dolores no añadió una sola palabra, y salió de la habitación con lento paso.

PARTE TERCERA

AURORA DE CONSUELO

CAPÍTULO I

EL AYA

Eran las once de una fría noche de invierno, en que la lluvia que en gruesas gotas empezaba á desprenderse de los negros nubarrones, anunciaba que iba á descargar un violento temporal, cuando dos jóvenes, que aún podían llamarse dos niñas, se hallaban sentadas ante un velador maqueado, que sostenía una lámpara y un servicio de té, de plata cincelada, para tres personas.

Empezaremos por el fondo del cuadro antes de delinear las figuras.

Era una estancia grande, y caldeada agradablemente por una chimenea elegante, en la que ardía un alegre y abundante fuego.